

## DISCOS

### Koska y la nueva ola vasca

Como tantos otros aspectos de la realidad y de la actualidad social, política y cultural vasca, la canción y la música que se vienen haciendo allí en los últimos años son prácticamente desconocidas, por ignorada, en el resto del Estado español. No se trata ya de que los "clásicos" de dicha canción (los Mikel Laboa, Lourdes Iriondo, Benito Lertxundi, Antton Valverde...) sigan estando inéditos, a nivel de discos publicados y casi casi a nivel de apariciones, fuera de su país, pese a su indudable importancia histórica y, en más de un caso, a su innegable calidad musical y poética. Parecía que una "segunda generación" (los Imanol, Gorka Knörr, Urko, grupo Oskorri) tendría más suerte, y de hecho así ha ocurrido, pues algunos de sus trabajos discográficos han visto la luz más allá de Euskadi, gracias —todo hay que decirlo— a que fueron grabados por compañías multinacionales y "centralizadas" en Madrid. También se ha producido algún recital de esos artistas en la capital del Reino, y otras provincias, que han posibilitado una mayor audiencia de sus productos..., pero de una forma tan esporádica y excepcional que, prácticamente, se han quedado en una mera y formal "presentación".

Pero resulta que, hoy, ahora, existe lo que podríamos denominar aquí también la "nueva ola" de la canción vasca, que no todas van a ser "waves" rockanrolleras y procedentes de allende los mares anglosajones. Hay una música y una canción que se vienen realizando en un país mucho más cercano, y del que, sin embargo, sabemos menos que de los USA o de las Europas. Existen nombres, por ejemplo, como los de Iñaki Eizmendi, Patxi Villamor, Iokin eta Yosú, el más veterano Fernando Unsain, Gontzal Mendibil, Xeberri o el grupo Koska. Es en este último en el que queremos

reparar más detenidamente ahora, pues su LP, grabado como la mayoría de los anteriores por la casa autóctona IZ, es un buen ejemplo del camino que sigue el movimiento musical del País Vasco, artistas tradicionales —y valiosos— como Laja y Landakanda al margen. Koska representan el aspecto más innovador y formalmente más renovado de una expresividad que, como la euskaldun, se remite habitual y necesariamente al folklore más ancestral, por destacar sus connotaciones nacionalistas y peculiares. Lo bueno de Koska —como de Oskorri, como de Imanol, Knörr o Eizmendi— es que sus aportaciones estilísticas y de forma no prescinden ni entierran aquellas referencias, sino que, en todo caso, las activan, transforman y pulen en otras maneras más vivas y, en todo caso, experimentales. Koska emplean guitarras eléctricas y todos aquellos elementos sonoros que hacen de ella una formación "moderna", por más que en algunos casos el resultado suene aún algo primitivo e ingenuo, sin que se sepa por el momento si ello es más un defecto que una virtud. Si el virtuosismo técnico no existe, sí queda un toque "naïf" y crudo que no deja de tener su gracia. Por lo demás, por mucha fuerza sonora y "marcha" que se le echa a alguno de sus temas, las letras son inequívocamente vascas, en la mayor tradición de los poetas populares de la tierra: "Somos siete/el total de familiares./Quiénes éramos como uno/hace mucho tiempo./Unámonos para hacer fuerza" ("Como las flores del argoma"). O "Montes nuestros y queridos./Hoy erguidos como ayer./Lugares pacíficos./Campos hermosos de Vasconia" ("Baserriak": "Los caseríos"). El poema "Bizitzaren" en tres partes, de Antton Aranburu, ocupa, por su lado, la segunda cara del disco con su narrativa sencilla, sugerente y atmosférica, pero también testimonial: "Bajo la vara del jefe,/el castigo del trabajo,/el trabajo castigado./Lucha cotidiana./lucha de largas horas./Fuego y llama./Humo y chispas./No hay cielo para los trabajadores./ni rosas de fino color./ni cobijo para la noche" ("Kontraesanak", "Contradicciones"). ■ ALVARO FEITO.

### Teatro

Por el número de estrenos y la significación que tiene siempre todo comienzo de temporada, las críticas que habitualmente figuran en esta sección han sido sustituidas por un comentario global, incluido en páginas anteriores de este número. Ello permite unir el estudio de cada espectáculo concreto a la visión conjunta de la que es ya primera imagen de una difícil temporada.

## CINE

### "La escopeta nacional"

No es una escopeta nacional. Es la escopeta de una clase social. De la clase que determinó durante cuarenta años el destino, la fortuna y la desgracia de los millones de españoles que no pertenecíamos a esa clase, que no tuvimos acceso a los bienes que ellos detentaban. Es, claro, la escopeta "nacional". La de los que vencieron, con la que vencieron.



"La escopeta nacional", de Berlanga.

Personajes grotescos que deambulan como enanos entre sus propias estupideces, en su podredumbre, en su decadencia. Es la clase media de los d'gentes, víctimas y verdugos de una situación que ellos mismos crearon y mantenían. Pero querían ser como los favoritos de los fantasmas que los amparaban y no querían que los demás fuéramos como ellos. Nos imponían, por lo tanto, una conducta y fingían que ellos mismos eran los ejemplos máximos de lo que querían imponer. Nos reprimían y nos atemorizaban. Y tenían miedo. Eran tuerfos, impotentes, coléricos, débiles, fanáticos, maniáticos y bobos. Nos quisieron hundir, pero ellos ya han muerto y nosotros seguimos vivos. Estamos sanos y ellos descompuestos. Aunque todavía no lo sepan del todo. Aunque no se lo crean. Aunque vuelvan a ganar.

"La escopeta nacional", de Berlanga, es una crónica ácida y mordaz de todo esto. Resuelta de forma maestra en torno a una situación única donde se dan a la vez cientos de situaciones paralelas, todas ellas protagonistas, todas significativas. Berlanga ha vuelto a realizar una película coral, como "Novio

a la vista", como "Plácido". En los últimos años del franquismo se imponían las películas claustrofóbicas, el intimismo ("Tamaño natural"). Ahora Berlanga mira más de frente, se encara con mayor violencia y realiza este espléndido fresco con la ironía y la mala leche de quien se divierte con la descomposición de sus enemigos.

El delirio del corretear de esos personajes, del miserabilismo de sus pequeñas y mezquinas ambiciones, es un ejemplo de habilidad cinematográfica. El tono bufo elegido para la narración puede parecer fácil para algunos; y, sin embargo, es precisamente en ese tono —tan arraigado, por otra parte, en toda una tradición del espectáculo español— con el que se van dando multitud de juegos dramáticos que no acaban en una sola visión de la película. Tras la evidencia, hay nuevas posibilidades. A mí me parece que, después de "El verdugo", esta es la película más en primera instancia política de Berlanga. Pero no sólo porque sus personajes se dedican a ella, como porque el enunciado de sus relaciones tiene, por parte del autor, un compromiso concreto. Y un riesgo. "La escopeta nacional" está dentro de las mejores películas de Berlanga.

Y justamente ahora que la comedia inteligente parece desterrada, Berlanga vuelve a ella para colocarla en el lugar justo: en el de la denuncia, el cachondeo y la provocación. Esos personajes caricaturescos son un invento extraordinario. Con guiño de Berlanga y Rafael Azcona, una serie de actores realizan un trabajo que pocas veces tienen ocasión de igualar. (Tradicionalmente ha sido Berlanga un asombroso director de actores.) José Sazatornil, Mónica Randall, Laly Soldevilla, Amparo Soler Leal, Bárbara Rey, Rafael Alonso, Luis Escobar, Antonio Ferrandis, Agustín González, José Luis López Vázquez, Andrés Mejuto, Conchita Montes y un más largo etcétera devuelven al trabajo de actor su importancia e inteligencia. ■ DIEGO GALAN.

### "Oro rojo"

¡Qué barbaridad! ¡Qué barbaridad! Si la situación política española no fuera como es y los españoles no estuviéramos ya acostumbrados a pelizarnos continuamente para creer lo que vemos, esta película podría haber acabado con los brazos de cuantos se arriesgan a verla. No se puede dar crédito a tal sarta de disparates, a tal torpeza narrativa, a la pretenciosidad con que se cuenta una

ARROW

La "flecha" que escribe Negro, mate, pulido a la cera.  
Un bolígrafo joven y distinto, capaz de trazar con  
la punta de tungsteno de su recambio gigante PARKER,  
ocho kilómetros de escritura. Rápido, ágil, fuerte.

Así es el bolígrafo ARROW de

PARKER

 PARKER  
*La escritura!*

vulgar película de aventuras —que no está a altura ni de las más mediocres que en este género han podido hacer las cinematografías más subdesarrolladas—. "Oro rojo" puede incluso indignar porque su vacuidad está repleta de frases rimbombantes: se habla de fascismo, de la libertad, de la mercantilización de las más elementales necesidades humanas. Se habla de todo ello, pero nada tiene que ver con la aventura que se nos cuenta, o cuando se hace adquire términos melodramáticos, falsos, antiguos...

Vázquez Figueroa es el director de esta cosa. Novelista popular y de mucho éxito, no ha podido resistir la tentación de ser él mismo quien dirija en cine una de sus novelas. Pide benevolencia por ser su primera película. Pero la benevolencia es algo privado y no hay por qué juzgar películas de este corte en orden a biografías personales. Si es la primera, es horrenda. Como si fuera la número quince. Aunque el cine se abarrote noche y día y se mantenga la película en cartel durante años. También fue "No desearás al vecino del quinto" una de las películas de mayor éxito del cine español, y es abominable (aunque con mayor ingenio que esta "Oro rojo"). Esta película no tiene razón de ser. O en cualquier caso, que se hubiese limitado su autor a contar como pudiera la simple historia de una aventurita marinera. Pero que no la llene de "mensajes", por favor.

Naturalmente, "Oro rojo" tiene otra vertiente posible. La del humor. Bien lanzada podía ser de los mejores éxitos cómicos del año. Basta recordar la aparición final de Terele Pávez faca en mano. O plantearse la existencia de esas panaderas y pastoras que viven en pleno desierto. O recordar los fastuosos trajes de los "coco-no-sé-qué", guardias al servicio del dictador... Puede ser de risa "Oro rojo" y a lo mejor lo es incluso en la intención de los responsables. El público aplaudía contento las situaciones cómicas, pero con avaricia, porque había muchas más de las aplaudidas.

Puede que la historia del comercio de la sangre en los países subdesarrollados latinoamericanos sea cierta. Puede que un señor que pasa por allí se transforme en la gran esperanza de los desangrados. Puede que el dictador se dedique a violar insistentemente a la misma moza por valles y riscos. Puede que las mujeres del desierto se acerquen a una mercería a comprar cosméticos. Puede que todo sea verdad. Pero parece mentira. ■ D. G.

## ARTE

### La escultura de Chillida ya cuelga bajo el puente de Juan Bravo

Me he ido hace dos o tres días al puente de la Castellana, o al de Juan Bravo, como quiera llamarse..., a su parte baja —a lo que llaman sus propios creadores, José A. Fernández Ordóñez, Julio Martínez Calzón, Eusebio Sempere—, ... lo que llaman "museo de escultura al aire libre". He ido para ver la escultura de Chillida, ya colgada triunfalmente allí. Y allí estaba, efectivamente. No pude ir en el momento "histórico" de su segunda colocación, igual que fui en el momento, también "histórico", de su retirada, pero fui después, tranquilo, para ver a "nuestra" sirena varada —porque, sí, ahora ya la podemos considerar "nuestra"... ¿Hay algo que podamos considerar más "nuestro" que un monumento público, un monumento de la ciudad?—, y si la tal sirena está varada, lo está ya voluntariamente, porque ya ha llegado a su destino y ahí es

donde quiere estar. Pues sí, llegué al museo, al cual yo prefiero llamarlo "jardín de esculturas", y así lo llamaré en adelante, para sentarme allí un rato y solazarme con nuestra victoria. Porque, sí, se trata de una victoria... ¿Victoria de quién? Victoria, pienso, del espíritu de los artistas contra el espíritu de los concejales. Y hasta tal punto yo pienso eso así, que cuando decidí hacer esta pequeña crónica, pensé titularla tal y como va, con este pequeño subtítulo: "La derrota de los concejales". Pero no. Pensándolo mejor, decidí dejar a salvo a algún concejal que estuviera del lado de los artistas.

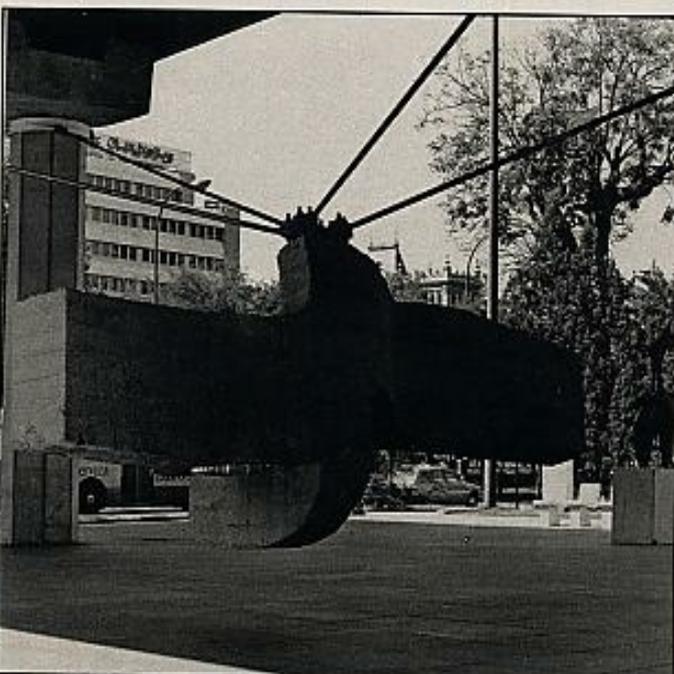
Yo recuerdo, cuando se produjo la victoria de los concejales acaudillados por don Carlos Arias, la triste escena nocturna de la retirada de nuestra sirena en derrota. Fue una retirada que podríamos pensar vergonzante, porque se diría que los concejales victoriosos hicieron la escena incluso con "nocturnidad". A pesar de todo, hubo cien o algunas personas más que fuimos testigos coléricos, pero que nos tragamos nuestra rabia, o la camuflamos en una salva de aplausos, como podíamos haber aplaudido a un gladiador herido de muerte. Recuerdo que yo, en aquella reunión de hombres tristes, no se me ocurrió más que un grito cuando, montada en un triste camioncillo, pasaba la "sirena" ante nosotros exhibiendo orgullosamente la victoria de su derrota. Yo grité repetidamente —¿Y por qué misteriosa intuición se me ocurrió aquel grito aque-

lla noche?—, yo grité, digo, ¡Picasso!, ¡Picasso!, ¡Picasso! Sí: es que pensaba que aquello que perpetraban "los concejales" era, sin duda, una acción desesperada contra el espíritu de Picasso en el mundo. Recuerdo... recuerdo muchas cosas de aquella noche, ¿por qué?... Recuerdo que yo me fui y todos nos fuimos tristes y cabizbajos. Yo dormí mal y me figuro que los otros tampoco dormirían bien. Una derrota inútil no deja vivir.

Aquella noche, claro, dormí mal. A las nueve de la mañana del día siguiente, no es que no me hubiese levantado: es que aún permanecía dormido. Por eso, llegué a mi lado a despertarme: "Papá, papá, levántate. Hay malas noticias". Sí, le dije medio adormilado, "los concejales" han levantado ya la escultura de Chillida. Y mi hijo, suavemente, continuó: "Sí, claro, pero no es sólo eso, papá: ¿es que ha muerto Picasso?". Me levanté de un salto. Claro que me levanté. Y claro que se me fue el sueño. Me senté sobre la cama, me restregué los ojos y cometí el pecado de atribuirles a "los concejales" ese nuevo crimen. Pensé —que me perdonen, pero lo pensé así en mi duermevela—: ¡Cabrones! Otra cosa no sabrán hacer. Si imaginan un Ministerio, tienen que copiar un monasterio, pero cuando se trata de hacerle sentir al enemigo su derrota, pueden llegar a situaciones wagnerianas. En eso, hay que reconocerlo, son geniales. Pero en seguida rectifiqué. Pido perdón otra vez. No, me dije, los concejales son demasiado pequeños para asociar a Picasso al festival de sus victorias.

Pero, en fin, yo lo que quiero es hacerlos sentir a vosotros el festival de nuestra victoria. La escultura de Chillida ya está donde debe estar. Yo he votado por ella. Me fio mucho más de lo que me dice la técnica de José Antonio Fernández Ordóñez —que por algo es tanto un artista como un ingeniero— que de la técnica concejaliana. Yo estaba allá debajo, mirando a la escultura, y no tuve más remedio que pensar: Bueno, ¿Y qué? ¿No acabarán teniendo razón los concejales? Porque yo he votado muy rápidamente a favor de los artistas. Pero no. Yo sigo votando a favor de los artistas. Porque siempre tendrá más razón un artista que un concejal, aunque sea ingeniero. ¿No es cierto, Miguel Ángel, el de la cúpula vaticana?

¿Quién ha ganado con esta victoria? Ha ganado esa ciudad —esa villa— llamada Madrid. ■ JOSE MARIA MORENO GALVAN. Foto: OTERO VILA.



"La sirena varada", en el jardín de esculturas de la calle de Juan Bravo.